

Eduardo Nicol

Formas de hablar sublimes
Poesía y filosofía



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2007

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , Josu Landa	5
I. El verbo mayor	13
II. El verbo menor	29
III. El misterio del verbo	43
IV. Musicalidad de la poesía. El origen sonoro del hombre	57
V. La experiencia poética. Metamorfosis de lo real	71
VI. Filosofía y poesía. El problema de la <i>y</i>	93
VII. El conflicto entre filosofía y poesía. La teoría platónica de la imitación	131
VIII. El conflicto entre filosofía y poesía. La cuestión del ser mejor	151
IX. De la bondad y la maldad del verbo.	173

PRÓLOGO

JOSU LANDA

Dar razón del lenguaje y de la poesía fue una obsesión que acompañó a Eduardo Nicol durante toda su vida. Los escritos reunidos en este volumen emanan de esa pulsión y dan cuenta de algunos de sus muchos intentos de acceder a ese orden de la realidad, a sabiendas de las enormes dificultades que tal propósito implica.

En esa buena ambición, Nicol coincidió con los pensadores más influyentes de la Antigüedad y con aquellos que, en nuestro tiempo, han redescubierto las cifras del ser en la peculiar entidad y dinámica del lenguaje. Nicol supo trasegar de manera original y fecunda la misma senda que antaño abrieron Heráclito, Platón y otros filósofos del logos. El caudal de luminosas teorías resultante de ese recorrido puede dialogar —con tensiones, es cierto, pero sin complejos— con las visiones de Martin Hiedegger y otros exponentes del “giro lingüístico de la filosofía”, registrado a comienzos del siglo XX, quienes a su vez remiten al pensamiento de Immanuel Kant, G. W. F. Hegel y Friedrich Nietzsche, entre otros.

Nuestra época privilegia las micrologías y la especialización exacerbada, pero ello no obsta para que el filósofo se mantenga en su labor inveterada: pensar el fundamento último de las cosas. Ahora y siempre, las mejores expresiones de la filosofía —en general, al menos en Occidente, actualizaciones de la gran tradición griega— han respondido a la exigencia de dar razón de todas las dimensiones de lo humano. Eso explica que, junto a la pregunta por el sentido del ser, brote la necesidad de atender al asombro por la palabra y sus avatares artísticos. Si los diálogos de Platón o el *Corpus aristotelicum*, por caso, dan cuenta de las realidades esenciales, a la par que de los asuntos de la polis, del ethos, del mathema y del poema, no es por ninguna veleidad diletante, sino porque en ello va literalmente la vida

del hombre. Eduardo Nicol fue un notable heredero y continuador de esta manera de entender el oficio de pensar. Esto permite entender por qué la poesía ocupa un lugar prominente en su sistema teórico, marcado por la intuición de lo simbólico como base de lo real.

A lo dicho se agrega una circunstancia histórica especial: la España del primer tercio del siglo xx —un tercio largo, que en realidad se estira hasta 1939, y en el cual se formó Eduardo Nicol antes de tomar el camino del exilio a nuestro país— conoció un nuevo momento de esplendor y pujanza en la literatura y el pensamiento. Las mejores expresiones de la generación del 98 habían calado bien las élites de la compleja trama social ibérica y los círculos intelectuales más prestigiados de Europa y el mundo, al tiempo que se abría paso la generación del 27, bajo el estandarte de la recuperación creativa del grandioso barroco español. En esa época florecieron poetas pensadores, como Miguel de Unamuno y Antonio Machado, junto con grandes artífices de la ficción, como Ramón de Valle-Inclán y Pío Baroja, y de la escritura teórico-ensayística, como Azorín y José Ortega y Gasset, además de los nuevos valores poéticos, que despuntaron a la vera de su influjo y el de las nuevas corrientes de la época, como Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Jorge Guillén y Rafael Alberti, entre otros. Todo este movimiento cultural afectó hondamente la viva sensibilidad de Eduardo Nicol, como también lo hizo con las de María Zambrano, Joaquim Xirau, Adolfo Sánchez Vázquez y, un poco más tarde, por simples razones de edad, Ramón Xirau. Estos últimos cinco pensadores tienen en común, además de su condición de exiliados, la voluntad de pensar la palabra poética y el arte. Y éste no es un hecho de puro azar.

La reverencia con que Eduardo Nicol apela, por ejemplo, a Machado induce a imaginar la honda impresión que debió de haber causado en el joven filósofo-soldado la dignísima presencia del poeta en su natal Barcelona, en los días aciagos de 1938 y de comienzos de 1939, cuando la República caía sin remedio y el autor de *Campos de Castilla* hacía ya antesala en su cita con la muerte en Coilloure.

Aparte de las anteriores, que son razones de índole histórica y vocacional, hay otra de cariz más claramente teórico por la que Nicol se interesa en la poesía. Para el gran pensador catalán, la palabra

poética no tiene compromisos de fondo con verdades de hecho o de teoría. En esto, toma partido ante ciertas posibilidades entrevistadas por Platón en algunas partes de sus escritos, como el célebre libro X de *República*, y que tantas y tan hondas consecuencias han tenido a la hora de abordar lo poético desde la filosofía. Pero no estar obligado a explicar o comprender el mundo no hace del poema algo desligado por completo de su realidad de fondo, puesto que “el poeta siempre habla de algo”. Poesía y filosofía son, pues, a criterio de Nicol, el haz y el envés de una misma “vocación humana” y, por eso, aquélla encuentra su modo específico de hablar del ser. Así es como “el poeta es la envidia del filósofo”, según concluye el pensador en un artículo de 1948, titulado justamente de esa manera. O, como afirmará posteriormente de manera más contundente en la que terminará siendo su gran *summa ontológica*, *Metafísica de la expresión* (1957, 1974), el filósofo es, a su modo, poeta. Idea que reafirmará en *La reforma de la filosofía* (1980), donde sostiene que “la filosofía en una poiesis”.

En su “Ensayo sobre el ensayo”, incluido en *El problema de la filosofía hispánica* (1961), Eduardo Nicol propone llamar “sistemáticos a los pensadores guiados por la previa intuición de que la realidad misma es un orden y de que todos los problemas son interdependientes”. La propuesta calza con la propia obra de Nicol: todos sus libros expresamente unitarios y los compendios de artículos de alcance más corto forman un sistema; no porque respondan a una rígida maquinaria ergotista o a una estricta ilación *more geométrico*, sino justamente porque expresan sucesivas aproximaciones —muchas de ellas signadas por una notable libertad formal y cierto donaire expresivo— a una realidad asumida como totalidad. Ésa es la razón por la que los escritos que integran *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía* remiten a la tópica teórica que siempre ha tentado al impulso especulativo de Nicol. Es lo que explica, pues, que aborden el hecho del lenguaje, el de la poesía y el de las tensiones y afinidades entre ésta y la filosofía, en las lindes del territorio demarcado por su “metafísica de la expresión” y su crítica de la “razón simbólica”: las coordenadas nicolianas de la contemplación del ser, del hombre y de las formas creadas por éste.

Los escritos sobre “El verbo mayor” o en torno a “La musicalidad de la poesía” o acerca “La experiencia poética” y los demás que

componen el volumen que aquí se presenta remiten, en grados y de modos diversos, a los contenidos que sustancian el pensamiento de Nicol, pero también son representativos de su escritura, de la manera concreta en que el pensador expone sus visiones, es decir, sus teorías. Eduardo Nicol es una voz y un estilo de discurso filosófico. Y esta afirmación no pretende ser un simple juego de metonimias, sino la caracterización de una palabra teórica que habla con precisión y elegante sobriedad de lo visto en las esquivas cifras del mundo.

Basta con deslizar la mirada por cualquiera de las obras de Eduardo Nicol para percibir que su discurso atiende a una palmaria voluntad de estilo. *Formas de hablar sublimes* compila una serie de nueve escritos cuyo común denominador es el interés por el “misterio de la palabra” y, sobre todo, por la poesía. Más allá de esa coincidencia, se impone una diversidad de maneras en el tratamiento de cada tema concreto, así como en los modos de exponer las ideas. Como es lógico, a cada propósito, en el plano de los contenidos, le corresponde una solución en el terreno de la escritura. Pero, en general, se trata de textos situados entre los bordes del ensayo filosófico —siempre más “personal” y libre, así como pródigo en recursos retóricos más ricos— y los de tratado teórico —menos comprometido con un deleite formal, aunque no por ello ajeno a un fino sentido del gusto estético—. En algunos de estos textos habla con cierta calidez y sin tapujos el yo del autor y se aventuran estratagemas discursivas un tanto arriesgadas como el diálogo, mientras que en otros una sequedad precisa y refinada —más acorde con las conocidas afinidades del autor con la fenomenología— da cauce a un lenguaje casi impersonal. A fin de cuentas, el lector podrá comprobar por su cuenta que, en el caso de Nicol, la claridad se asume como un deber del filósofo y no como un mero gesto de cortesía.

Pero más allá de su pulcritud formal, estos escritos sobre el verbo divino y el humano —y no podría ser de otro modo, tratándose de Nicol— dan una impagable lección de pensamiento. Aunque no estén motivados por la pretensión de ofrecer tesis firmes y definitivas —como es el caso de las obras unitarias del filósofo—, es claro que imparten visiones muy fecundas respecto de los temas sobre los que versan y ponen en evidencia las maniobras especulativas

que cimientan y encauzan la exigente faena de pensar. En tanto que irrupción misteriosa en los dominios de la materia indiferente, la palabra comporta ya un grado de sublimidad, si por tal se asume, como hace Nicol, el dato de una elevación metamaterial. Esa condición ontológicamente elevada del lenguaje se refuerza y profundiza en la medida en que el verbo opta por el curso raigalmente amoroso de la filosofía —pues *philo-sophía* no puede ser sino, en último término, “palabra de amor”— o se encamina por el ramal de la poesía: expresión en virtud de la cual “Eros motiva al hombre a su realización simbólica”. Y si, en palabras del propio pensador, “hacer poesía es sublime[,] dar razón de la poesía es lo sublime de lo sublime”.

Lo que, a fin de cuentas, hallará el lector en *Formas de hablar sublimes* es una poética, en el sentido compartido con los grandes filósofos griegos de un “saber esencial de la poesía”, no una preceptiva. Esa teoría de lo poético —como conviene a ese *corpus* que ya se ha caracterizado como sistema— es una derivación coherente de la rigurosa idea del ser y del hombre que Eduardo Nicol se ha formado a lo largo de décadas de labor filosófica.

La poética de Nicol conecta fuertemente con su idea de una auto-poesía del hombre proteico, que se proyecta en el anhelo erótico del *symbolon* (la parte complementaria de la tablilla, que en su momento fue dividida en dos), es decir, en la procura de una completud mediada por la relación humanamente enriquecedora con los otros. No es difícil advertir que esa antropología está en la raíz de la tesis nicoliana de que la poesía es un fenómeno raigalmente amoroso. En concordancia con ello, podrá estipular diversos filosofemas conexos, como el de la radical gratuidad de lo poético, esto es, el hecho de que el poema se da como un acto de gracia y amor o como el de que el texto con vocación poética se inscribe en el orden de lo inútil, ornamental y placentero y no en el de los compromisos lógicos y epistemológicos con la verdad ni en el de los negocios pragmáticos.

Y, desde luego, la poética que ofrece *Formas de hablar sublimes* remite siempre y de múltiples maneras a sus estipulaciones axiales acerca del hombre como ser de la expresión, de la condición simbólica del ser, del carácter histórico de lo real, de la intencionalidad expresiva del logos, del papel de esta palabra-razón en la “transformación me-

tafísica” que ha derivado en lo que conocemos como realidad y de la incidencia de lo lógico-verbal y lo bello en el orden del sentido, toda vez que “logos es pronunciación, declaración, tonalidad, timbre, cadencia, ritmo”, que habrá de “sonar” de manera estructuradora, formadora, lo mismo en el ámbito del cosmos que en el del poema.

De entre el manojo de escritos que dan cuerpo a este libro, “Filosofía y poesía. El problema de la *y*” ha adquirido la justa celebridad que admite y exige su notable relieve teórico. En él aborda Nicol un problema que ya habían planteado Heráclito y Platón e inquieta en nuestro tiempo a Heidegger, María Zambrano, Gadamer y otros: el de las relaciones del poema con el ser y la verdad. La solución intentada por Nicol no ha perdido un ápice de su frescura y vigor teórico, por lo que sigue siendo asumible por filósofos y poetas del presente. Sin entrar en precisiones —que el lector podrá apreciar mejor en el propio tratado nicoliano— baste con señalar que la ruta heurística elegida por Nicol pasa por una crítica frontal a las hipótesis que formula Platón al respecto, en *República*, y por una original reabsorción teórica del Eros perfilado en *Banquete*. En sintonía relativa con una actitud observable ya en el Heidegger que va dejando atrás la analítica existencial de *Ser y tiempo*, en aras de una visión de la palabra en términos de “morada del ser” y de una reivindicación de la poesía de Hölderlin como referencia suprema del pensar, Nicol advierte la responsabilidad de la filosofía en la colocación de esa *y*, a un tiempo copulativa y disyuntiva, signo de una afinidad y de una separación entre los dos modos del discurso. Y éste es el paso que a la postre le permite resaltar la radical “inconsciencia” de la poesía, su índole inocente, inmaculada, inútil, amorosa y placentera. Todo ello como contraparte parcial —nunca total— de la otra posibilidad del logos y de la vocación genuinamente humana que es la filosofía. La violencia antipoética que María Zambrano denuncia en la pulsión teórica se supera, en el caso de Nicol, con el reconocimiento de la intencionalidad plural del verbo y de las potencialidades igualmente diversas de una misma raigambre erótica. Todo ello hace altamente sugerente y fecundo ese texto que empezó su andadura en aquella memorable revista *Diálogos*,

que dirigía Ramón Xirau, y ha encontrado excelente compañía en el resto de los breves tratados reunidos en *Formas de hablar sublimes*.

Es digno de encomio que una entidad consagrada al estudio de las más diversas manifestaciones del lenguaje, como el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, celebre el centenario de Eduardo Nicol editando por segunda vez este libro en el que el filósofo hace gala de la más genuina *philia* (amor) por el logos: el verbo en trance de poesía y en modo de teoría.